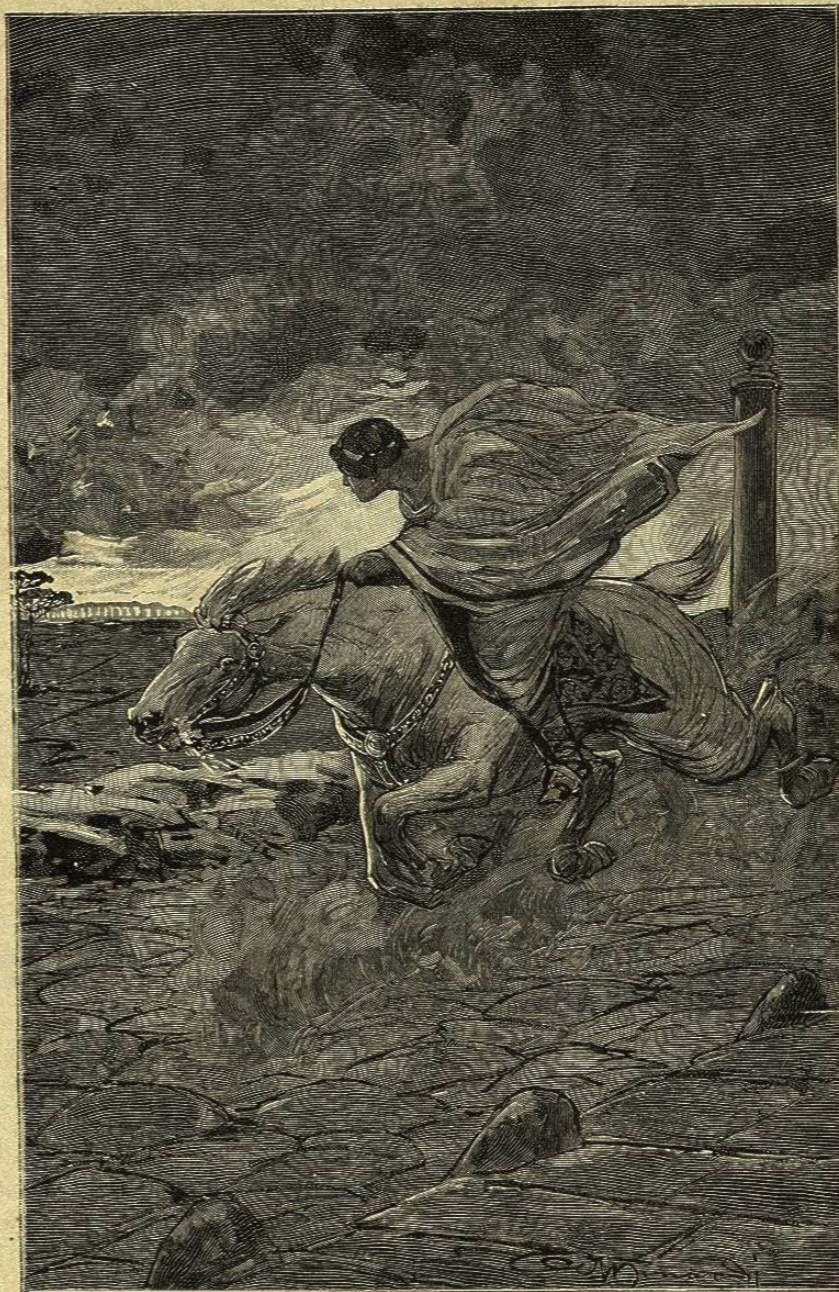


Vinicio á duras penas dispuso del tiempo necesario para dictar órdenes á algunos esclavos que le siguieron, y ensillando su caballo, se precipitó en dirección de Laurento, en medio del silencio de la noche, á través de los caminos desiertos, con desenfundado galope. La pavorosa noticia le había turbado, sumiéndolo en una especie de delirio que no le permitía por el momento darse cuenta cabal de los sucesos; le parecía que á la grupa de su caballo montaba con él la diosa de la desgracia, que le gritaba continuamente: «¡Roma arde!» y cada vez se sentía más empujado con su cabalgadura hacia aquella terrible hoguera. Tocando casi con la cabeza descubierta el cuello del animal, continuaba galopando sin freno, vestido sólo con la túnica, sin cuidarse de los obstáculos que se le presentaban y vencidos todos temerariamente.

Caballo y caballero, envueltos en los resplandores de la luna, ora ocultándose, ora reapareciendo, según las revueltas y sinuosidades del camino, podían, por la velocidad que llevaban, confundirse con fantasmas. El hermoso animal idumeo pasaba rápido como una flecha, las orejas bajas, el cuello alargado, en medio de los oscuros cipreses y de las blancas y dormidas villas.

El galope de los caballos despertaba á todos los perros, que perseguían con sus ladridos á tan inesperada aparición, excitados por la excesiva velocidad de la carrera, y acabando luego por ladrar á la plácida luna. Los esclavos de Vinicio, que montaban caballos de menos resistencia, quedaron muy rezagados, á gran distancia de su señor, el cual, como una turbonada, atravesó Laurento y se dirigió hacia Ardea, donde, desde su llegada á Anzio, tenía á su disposición, como en Bovila y en Ustrime, caballos de cambio para poder hacer en el menor tiempo posible el viaje de Anzio á Roma.

Saliendo de Ardea, observó hacia el Noroeste un resplandor rojo; podía muy bien tratarse de los primeros reflejos de la aurora, porque eran ya las últimas horas de la noche y aquel el mes de julio, en que el día despuntaba muy temprano. Pero Vinicio sospechó que aquello era el reflejo del incendio y no pudo reprimir un aullido de cólera y desesperación. Recordó las palabras del cónsul: «¡Toda la ciudad está envuelta en llamas!» y se creyó próximo á enloquecer, porque no esperaba poder salvar á Licia y llegar á Roma antes de que ella quedase convertida en un montón de cenizas. Sus pensamientos giraban en su mente con velocidad más vertiginosa que el galope de su caballo, y parecían revolotear ante él como enormes pajarracos de mal augurio. A decir verdad, ignoraba en qué parte de la ciudad había estallado el incendio, pero preveía que el Trastevere con sus infinitas habitaciones, con sus construcciones de madera, con sus leñeras, debía ser pasto de las llamas. En Roma no eran raros los incendios, y durante éstos ocurrían muchos robos y asesinatos, especialmente en los barrios pobres y casi salvajes. ¿Qué no podía



Saliendo de Ardea, observó hacia el Noroeste un resplandor rojo

haber ocurrido, por lo tanto, en el Trastevere, verdadero refugio del populacho de todas las partes del mundo? Le consolaba la idea de la fuerza sobrehumana de Ur-sus; pero ¿qué podía hacer la fuerza de un solo hombre, aunque fuese un titán, contra el poder destructor del fuego?

Desde algunos años antes, el temor de una rebelión de los esclavos atormentaba á Roma como una pesadilla. Corría la voz de que miles de esclavos recordaban los tiempos felices de Espartaco y esperaban el momento oportuno para levantarse en armas contra sus opresores y apoderarse de Roma. Quizás había llegado ya el momento anhelado. Tal vez la sangre corría ya por las calles. Posible era también que los pretorianos acudiesen por orden de César, iniciando la matanza. Ante esos temores se le erizaban los cabellos. Recordaba todas las conversaciones sobre las ciudades incendiadas que se sostenían en la corte con extraña insistencia desde hacía algún tiempo; recordaba los lamentos de César por tener que describir el incendio de una ciudad sin haber presenciado ninguno; la respuesta despreciativa á la oferta de Tigelino de incendiar Anzio ó una ciudad de madera construída para el caso, y finalmente, las continuas quejas del emperador por las fétidas emanaciones de la Suburra.

¡No cabía duda! Nerón había ordenado el incendio. Sólo él podía ordenar semejante monstruosidad y sólo Tigelino era capaz de llevarla á cabo. Y si obedeciendo su mandato ardía Roma, ¿quién podía asegurar que no se hubiese dictado también la orden de asesinar á los habitantes? ¡Un monstruo como él era capaz de todo! ¡El incendio, la revuelta de esclavos y una matanza general! ¡Qué horrible caos, qué delirante multitud! ¡Y entre ésta su Licia!

Los sollozos de Vinicio se confundían con los relinchos del caballo; la pobre bestia, galopando sin cesar por toda la subida hasta Aricia, parecía acabar con sus fuerzas. ¿Quién habría librado á su Licia de la ardiente hoguera? ¿Quién podía salvarla? Vinicio se mesaba los cabellos desesperadamente y hubiera querido morder el cuello á la extenuada cabalgadura para desahogar de cualquier modo su furia.

En aquel preciso momento se encontró con otro caballero que, como él, corría desesperadamente, pero en dirección á Anzio. Al pasar, apenas tuvo tiempo para gritar á Vinicio:

— ¡Roma está perdida!

Y desapareció.

Otra palabra tan sólo llegó á oídos de Vinicio: «¡Dioses!» Las otras no las dejaron entender los caballos con el ruido que producía su incesante galopar. Pero aquella exclamación le asombró: «¡Los dioses!» dijo. Y levantando los ojos al cielo extendió los brazos hacia el horizonte lejano y comenzó á orar:

— No es á vosotros á quienes me dirijo, á vosotros, cuyos templos arden ahora, sino á Ti, que también has sufrido. Y Tú solo por esto eres misericordioso, porque Tú solo comprendes el dolor. Tú viniste al mundo á enseñar á los hombres la piedad. Si así es, demuéstrela ahora. Si eres como te pintan Pedro y Pablo, salva á mi Licia, cógela entre tus brazos y llévala lejos de las llamas. ¡Tú lo puedes! Devuélvemela y te consagraré toda mi sangre. Si no puedes hacerlo por mí, hazlo por su amor. Te ama y tiene fe en Ti. Tú prometes la vida y la felicidad después de la muerte, y esa felicidad ha de ser eterna. Pero Licia no quiere morir por ahora. ¡Déjala vivir! ¡Cógela y llévala fuera de Roma! ¡Tú puedes hacerlo, si quieres!

Aquí se detuvo, temiendo que su plegaria degenerase en amenaza, y no quería ofender á Dios en el momento en que invocaba toda su piedad y misericordia. Esta sola idea le hacía temblar, y por no dejar asomar á su espíritu ni una sombra de amenaza, fustigó de nuevo á su caballo.

Los blancos muros de Aricia, situada á mitad de su camino, se presentaban ante él iluminados por los últimos rayos de la luna.

Pasó de largo por frente del templo de Mercurio, que distaba poco de la ciudad. Era evidente que se tenía noticia de la catástrofe, pues junto al templo se notaba un movimiento inusitado. Vinicio, en su veloz carrera, vió algunos grupos de personas en las escalinatas y entre las columnas. Todos estaban provistos de hachones y se encomendaban á la protección de aquella divinidad. Las calles estaban pobladas y no ya silenciosas y desiertas como las de Ardea, y aunque todos corrían hacia el templo por las calles transversales, muchos estuvieron á pique, en la vía principal, de ser arrollados por el ímpetu del caballo y del caballero. Éste oía gritar en torno:

— ¡Roma arde! ¡Roma no es más que una hoguera! ¡Que los dioses salven á Roma!

En un momento dado, el caballo se encabritó, pero la vigorosa mano de Vinicio lo contuvo hasta que llegó á la casa donde le esperaba el caballo de cambio. Allí estaban algunos esclavos aguardando á su señor, y á una señal de éste se apresuraron á presentarle una cabalgadura más fresca. Vinicio, en tanto, observó que avanzaban diez pretorianos armados, probablemente enviados á Anzio para llevar noticias de la capital. Corrió en seguida hacia ellos.

— ¿Cuál es el distrito incendiado?, les preguntó.

— ¿Quién eres?, interrogó á su vez el decurión.

— Vinicio, un tribuno en armas, un augustiano. ¡Responde bajo tu cabeza!

— El fuego comenzó en las tiendas situadas junto al Circo Máximo. Cuando recibimos la orden de partir, ardía también el centro de la ciudad.

— ¿Y el Trastevere?

— Hasta ahora el fuego no ha llegado á aquel barrio, pero se propaga con una rapidez inaudita y no hay modo de sofocarlo. La gente muere quemada y asfixiada por el humo. ¡No hay salvación!

El joven tribuno montó de nuevo y volvió á emprender vertiginosa carrera. Se dirigió hacia Albano, dejando á su derecha Albalonga y su magnífico lago. El camino que seguía desde Aricia en adelante se extendía al pie de la montaña, por la cual parecía limitado el horizonte, mientras Albano se asentaba sobre el declive opuesto. Vinicio sabía que desde la cima, no sólo distinguiría Bovila y Ustrina, donde le aguardaban otros caballos, sino también Roma; pues, pasado Albano, se extendía á ambos lados de la Vía Apia la anchurosa llanura de la Campania, á lo largo de la cual tan sólo se destacaban los arcos de los acueductos; nada podía estorbar á su vista.

— Desde la cumbre distinguiré las llamas, dijo para sí, y espoleó al caballo.

Pero aun antes de llegar á la cima, el viento que le azotaba en el rostro le trajo un fuerte olor de humareda. De pronto se presentó á su vista la cumbre, coronada por un reflejo dorado.

— ¡Es el fuego!, pensó el joven tribuno.

La noche había cedido el paso á la aurora; y todas las cimas se veían coronadas por aquel resplandor rosado con destellos de oro, que lo mismo podía provenir de los primeros rayos de la aurora como de las llamas de la Ciudad Eterna. Llegado que hubo, por fin, á la cumbre, se ofreció á su vista un espectáculo pavoroso. Toda la llanura que se extendía á sus pies estaba envuelta en el humo, semejando una nube gigantesca que pesaba sobre la tierra. Ciudad, acueductos, villas, árboles, y en la extremidad de la inmensa llanura gris, Roma sobre sus colinas..., todo parecía sumergirse en un mar de fuego.

Éste no se elevaba ya á manera de columna, como ocurre en el incendio de un edificio aislado, por vasto que sea; presentaba el aspecto de una enorme faja resplandeciente, del color de la aurora. Y sobre ella una nube de humo, ora negrísima, ora rosada, ó ya de rojo vivísimo, casi sanguíneo, en la cual parecía agitarse una vitalidad salvaje, retorciéndose, enroscándose á guisa de furibunda serpiente. Á veces aquella onda terrible cubría hasta la faja de fuego y la convertía en una cinta delgada de suaves tonos; en cambio, en otros momentos la llamarada proyectaba sobre el humo su siniestro fulgor y lo transformaba en mar de fuego. El humo y las llamas cubrían de un extremo al otro el horizonte, y no se descubría rastro siquiera de los montes Sabinos.

A Vinicio le parecía que no se trataba ya del incendio de una ciudad, sino del mundo entero, y que nadie podría salir con vida de aquel océano de fuego y de humo.

El viento azotaba con furia, llevando consigo, á cada sople más fuerte, el olor de la humareda y de las materias carbonizadas.

El sol habíase elevado, iluminando las cimas de los montes que circundaban el lago de Albano; pero sus rayos centelleantes adquirieron entonces tonos rojizos, como debilitados por el humo. Vinicio galopó hacia Albano, para lo que hubo de internarse en una región cubierta por el humo más denso y asfixiante. La población también estaba envuelta en la negra nube.

Los ciudadanos, alarmados, se habían lanzado á la calle. Era terrible pensar lo que ocurriría en el centro de Roma, cuando en Albano faltaba la respiración.

Profunda desesperación invadió de nuevo á Vinicio; pero él oponía á todo su dolor una vigorosa resistencia, porque tenía necesidad de todas sus fuerzas para lograr su objeto.

«Es imposible, pensaba, que una ciudad arda al mismo tiempo por sus cuatro costados. Si el viento viene del Norte y arrastra todo el humo en este sentido, el fuego no se habrá extendido á la parte opuesta. No será cosa fácil para Ursus ponerse á salvo con Licia por la puerta del Janículo; pero nunca se ha oído decir que una población entera deba perecer, ni que tenga que desaparecer de la faz de la tierra una ciudad tan poderosa, con todos sus habitantes. Hasta en las ciudades saqueadas, donde el fuego y los crímenes causan la más espantosa destrucción, hay siempre afortunados que logran ponerse en salvo. ¿Por qué no puedo esperar en la salvación de Licia? ¡Sí! ¡Dios la proteja, aquel Dios que triunfó de la muerte!»

Después de haber intentado animarse con tales razonamientos, empezó á orar, y siguiendo una costumbre en él muy arraigada, ofreció á Cristo toda clase de sacrificios para obtener la gracia solicitada.

Únicamente después de haber dejado atrás Albano, cuyos habitantes contemplaban Roma desde las copas de los árboles y desde los tejados, comenzó á recostrar en parte su sangre fría.

Le consoló además la idea de que Licia no sólo estaba protegida por Ursus y por Lino, sino también por Pedro. Y esta creencia le llenaba de esperanza el corazón. Pedro era para él algo invulnerable, algo sobrehumano. No se había borrado de su mente la impresión maravillosa que le produjo el sermón del Ostriano. Después de conocer al apóstol durante su enfermedad, tal impresión no sólo había aumentado, sino que se había convertido en inquebrantable fe. Habiendo bendecido Pedro su amor, prometiéndole á su Licia, no dudaba de que las llamas la habrían respetado. Podía perecer la ciudad entera, pero ni una chispa llegaría á chamuscar el vestido de su amada. La noche sin dormir, la vertiginosa carrera y otras circunstancias produjeron en el espíritu de Vinicio una extraña exaltación que le hacía ver como posibles todas las cosas: Pedro habría hablado á las llamas; éstas, por efecto de sus

palabras, se habrían abierto, pasando todos impunemente por en medio de ellas. Pedro preveía lo futuro, y por esto debía seguramente haber previsto el incendio: ¿cómo era posible que no hubiese preservado de él á los cristianos, conduciéndolos fuera de la ciudad, llevando entre ellos á Licia, á quien quería como á una hija?

A cada momento se acrecentaba la esperanza en el ánimo de Vinicio. Si habían huído, podría encontrarlos en Bovila ó en medio del camino. Podía suceder también que entre el humo que iba envolviendo la Campania se le apareciese de pronto el rostro adorado. Y esto le parecía aún más probable, por cuanto á cada minuto aumentaba el número de fugitivos que abandonaban la ciudad para refugiarse sobre los montes Albanos; libres de los peligros del fuego, trataban ahora de escapar á los del humo. Antes de llegar á Ustrina, tuvo que moderar el galope de su caballo á causa de la inmensa muchedumbre que invadía el camino. Peatones con su fardo á la espalda, cabalgaduras cargadas de muebles y ropas, carros y vehículos de todas clases, literas en las que eran conducidos los ricos por sus esclavos. Y la multitud fugitiva de Roma se hacía cada vez más numerosa y densa, hasta el punto de no poder abrirse paso entre ella.

Se aglomeraban en la plaza, bajo los pórticos de los templos, en las calles. En varios puntos se levantaban tiendas destinadas á albergar á familias enteras. Otros permanecían al aire libre, gritando, invocando á los dioses ó lanzando imprecaciones contra su destino. En medio del general espanto, era imposible adquirir noticias. Las personas á las cuales se dirigía Vinicio no contestaban, ó á lo más, mirando en torno con aire de idiotas, se limitaban á presagiar el próximo fin del mundo. La continua llegada de hombres, mujeres y niños no hacía más que aumentar el desorden y el tumulto. Muchos, extraviados entre la muchedumbre, buscaban desesperadamente á sus parientes, y otros se disputaban por un puesto donde acampar.

De la Campania habían llegado también pastores medio salvajes á informarse de lo que ocurría y con la esperanza de llevarse un buen botín, lo que no era difícil en medio de aquella confusión enorme. También comparecieron no pocos esclavos y gladiadores que en seguida empezaron á saquear casas y quintas y á derribar en tierra á los soldados de guardia.

El senador Ginnio, á quien distinguió Vinicio frente á una posada, rodeado de un grupo de esclavos, fué el primero en darle algunas noticias exactas acerca del formidable incendio.

El fuego se había iniciado en el Circo Máximo, cerca del Palatino y el Celio, propagándose con increíble rapidez hasta invadir, en menos tiempo de lo que podía suponerse, el centro de la ciudad.

Después del saqueo llevado á cabo por las huestes de Breno, no había vuelto á caer sobre Roma tamaña calamidad.

— El Circo ha quedado completamente destruído, dijo Ginnio; el Aventino y el Celio están ardiendo y las llamas han llegado hasta las Carinas.

Allí poseía el senador Ginnio una *ínsula* magnífica, enriquecida con una preciosa colección de objetos de arte, á los que consagraba su vida; por esto, al proferir las últimas palabras, se bajó á recoger un puñado de tierra, y restregándose con él la cabeza, suspiró dolorosamente.

Vinicio le asió por el brazo fuertemente y le dijo:

— También yo tengo mi casa en las Carinas; mas ya que todo perece, justo es que también siga mi casa la suerte de las demás.

Y al recordar que había aconsejado que se trasladase Licia á casa de Aulo, preguntó impaciente:

— ¿Y e *Vicus Patricius*?

- ¡Ardiendo!

- ¿Y el Trastevere?

Ginnio le miró atónito, y exclamó, oprimiéndose las sienes con las manos:

- ¿Y qué nos importa á nosotros del Trastevere?

- Me importa más que otro barrio cualquiera de Roma, gritó Vinicio acalorándose.

- Puedes seguir el camino que conduce á la *Via Portuensis*, al Aventino, pero te sofocará el excesivo calor. ¿El Trastevere? ¡No sé nada! El fuego aún no había llegado allí; pero los dioses saben si habrá llegado á estas horas.

Ginnio quedó un tanto perplejo. Después susurró al oído del joven:

- Tú no me vendes, lo sé; por esto te digo que no se trata de un incendio casual. ¡No se permitió á la gente salvar el Circo! Cuando empezaron á arder las casas en varios puntos, yo mismo oí miles de voces que gritaban: «¡Muerte á los que intenten salvar!» Se veía correr por las calles hombres con hachas encendidas, entrando aquí y allí. El pueblo está excitadísimo y dice que la ciudad ha sido incendiada por orden superior. No puedo decir más. ¡Pobre Roma y pobres de nosotros! No puede el lenguaje humano describir lo que sucede. El pueblo perece entre las llamas y se matan unos á otros en medio de la confusión y de las angustias. ¡Ha llegado el fin de Roma!

Y suspiró de nuevo:

- ¡Miseria ciudad y míseros de nosotros!

Vinicio montó en su caballo, queriendo recorrer en el más breve tiempo posible la *Vía Apia*, lo cual le resultaba difícilísimo por la continua aglomeración de gentes y de carros procedentes de la ciudad. Ésta se le presentaba ahora á la vista. Desde aquel océano de fuego y de humo llegaba el calor, y el chisporroteo de las llamas y el crujido siniestro de las materias en combustión ahogaban los gritos y lamentos de los ciudadanos.

XLIII

Cuanto más se acercaba Vinicio á Roma, tanto más se convencía de lo difícil que era penetrar en la ciudad.

La *Vía Apia* rebosaba de gente. Las casas y los campos, los cementerios, los jardines y los templos estaban transformados en verdaderos campamentos. En el templo de Marte, junto á la Puerta Apia, la muchedumbre había derribado las puertas, para pasar la noche bajo techado. En los cementerios ocurrían luchas sangrientas, queriendo algunos apoderarse de los sepulcros y otros defendiendo la entrada. Ustrina, con sus luchas, no daba más que una pálida idea de lo que sucedía en la capital. Todo respeto á la ley, á los vínculos de parentesco, al orden social, todo había dejado de existir.

Los gladiadores beodos, habiendo consumido todo el vino robado en el Emporio, con sus desaforados gritos sembraban el pánico por las calles, insultando y atemorizando á cuantos encontraban al paso. Numerosos bárbaros, destinados á ser vendidos en el mercado, habían logrado escapar. Para ellos, el incendio de Roma significaba el fin de la esclavitud y la hora de la venganza. Y mientras los ciudadanos que veían destruído por las llamas todo su patrimonio, levantaban desesperadamente los brazos al cielo pidiendo auxilio á los dioses, aquellos esclavos se precipitaban sobre ellos y con gritos de júbilo les arrancaban las vestiduras y les robaban las mujeres, jóvenes aún. Y en su criminal tarea encontraban apoyó en los antiguos esclavos que desde hacía largo tiempo servían en Roma, en los mendigos que no tenían más propiedad que sus andrajos y en las repugnantes figuras de baja estofa que en Roma no solían asomar por las calles durante el día. Y aquellas bandadas compuestas de asiáticos, africanos, británicos, germanos, griegos y tracios, vociferaban en todas las lenguas más ó menos conocidas, saltando de alegría y anunciando que había llegado la hora de su rescate, durante tantos años esperada.

En medio de aquel mar borrascoso brillaban á la luz del sol y de las llamas los yelmos de los pretorianos, á cuya protección se encomendaban los fugitivos y que sostenían cruenta lucha con la embriagada muchedumbre. Vinicio había tenido ocasión de ver muchas ciudades sitiadas; pero sus ojos no habían contemplado nunca semejante caos de desesperación, de lágrimas, de tormentos, de rabia, de salvaje alegría, de delirio y de desenfreno. Y sobre toda aquella multitud loca y delirante, el fuego centelleaba en las colinas de la ciudad más grande de la tierra, apestando el aire con humo tan denso que cubría el firmamento azul. Con dificultades que iban aumentando á cada paso, poniendo á cada momento su vida en peligro, el joven tribuno logró llegar á la Puerta Apia. Pero allí reconoció la imposibilidad de internarse en Roma por la Puerta Capuana, á causa del excesivo calor y de la aglomeración de gente. No existía aún el puente de la Puerta Trigenia, frente al templo de la Buena Diosa; así, pues, el que quería pasar al otro lado del Tí